

ESCRITURA DE TEXTOS ACADÉMICOS: ENTRE LA OBEDIENCIA Y LA SATISFACCIÓN

Por: Gladys Zamudio Tobar

Un buen texto raramente nace de las peticiones que hacen los profesores a sus estudiantes, a menos que éstas sean el resultado de una serena conversación previa de sus saberes, de sus experiencias, de sus creaciones anteriores y de sus nuevos proyectos. En la mayoría de los casos, en los contextos académicos se escribe por obligación y a lo resultante se le denomina “tareas”, que son el fruto de la imposición. Esos escritos son realizados para obtener una nota y quedan amontonados como montañas de papel que jamás se vuelven a revisar. He ahí lo que se ha denominado textos académicos.

Escribir un texto que, como dice Franz Kafka, “rompa el mar helado que habita en nuestros corazones”, indudablemente comprometerá mucho más que las tareas. Esa composición proviene sobre todo del corazón, de las arterias, como también de un acumulado de voces, inquietudes, pensamientos, libros leídos, películas vistas, capítulos vividos, entre todas las posibilidades físicas y metafísicas de ver e interpretar el universo.

Hablar de análisis y comprensión de textos académicos no hace referencia únicamente a procesos interpretativos, inferenciales y críticos desarrollados por el lector sino también a los tipos de textos; así mismo, involucra sus habilidades, prácticas lectoras, motivaciones y conocimientos previos frente a unos referentes y maneras de escribir.

Lo anterior, nos lleva a pensar que ningún proceso de análisis y comprensión está terminado como no lo está ningún texto escrito. Los textos están colmados de situaciones “no dichas”, es decir que están incompletos. Esto lo podemos verificar cada que confrontamos con nuestras “nuevas” opiniones al leer por segunda o tercera vez un mismo libro. Eso ocurre también cada que intentamos explicar qué dice el texto que escribimos, necesariamente tenemos que actualizarlo, decir lo que no está explícito sobre el papel.

“No dicho” significa no manifiesto en la superficie, en el plano de la expresión: pero precisamente son esos elementos no dichos los que deben actualizarse en la etapa de la actualización del contenido. Para ello, un texto (con cualquier fuerza que cualquier otro tipo de mensaje) requiere ciertos movimientos cooperativos, activos y conscientes, por parte del lector.”¹

¹ Eco, Umberto. *Lector in fabula*. Pág. 74

Sería lamentable y aterrador que a través de la escritura lo hubiésemos dicho todo. Así como en la conversación, todos los días tenemos algo diferente para decir o una manera distinta de comentarle a nuestro interlocutor algo próximo a lo que se dijo antes. Cada que pensamos en un lector, le contamos con palabras de una nueva forma para que éste pueda interactuar con nosotros.

Por lo tanto, la voluntad, el querer actualizar, juega un papel relevante en este ejercicio polivalente de la cotidianidad: escuchar / hablar, leer / escribir. En estas acciones se ve representado el deseo de clarificar a nuestro escucha o a nuestro lector aquello que aún no ha sido explícito. Tanto el lector como el escritor deben corresponderse en intereses venidos de su conciencia y de su voluntad de “hacer (ayudar-se a) comprender” entre ambos una situación.